

El sistema político mexicano: fin de ciclo

ARTURO DAMM ARNAL

Introducción

Hoy, ante los hechos, podemos afirmar que la evolución de las instituciones y prácticas políticas en México, en el siglo XX, ha sido cíclica. Ello quiere decir, entre otras cosas, que a la evolución (suponiendo que realmente se le pueda llamar tal) le ha seguido una involución. Esto es innegable. Hoy, a fines del siglo, nos encontramos políticamente, en la búsqueda de aquello que buscaba Madero a principios de siglo: la república democrática.

Todo indica que el ciclo del sistema político mexicano ha llegado a su fin.

Y que un ciclo termine implica que se ha regresado al punto de partida. Un ciclo es un periodo de tiempo que, acabado, se encuentra nuevamente con su origen. En el caso del sistema político mexicano, el encuentro con el origen no es un retroceso en el tiempo, sino un reencuentro con determinados hechos, de entre los que destaca uno: la lucha abierta entre los grupos políticos que hasta hace poco formaron la llamada *familia revolucionaria*. Este lucha abierta es ya violenta. Es una lucha a muerte.

Es el reencuentro con la violencia la muestra más clara de que el ciclo del sistema político ha llegado a su fin. El ciclo se compone de tres etapas: la de su constitución, la de su consolidación, y la de su agotamiento. El sistema político se constituyó en 1929, se consolidó durante las décadas de los años 40, 50 y 60; comenzó su agotamiento en los años 70, y se agotó definitivamente en 1994. Su constitución se encuentra inmediatamente después del asesinato de Alvaro Obregón. Su agotamiento a partir de los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y de José Francisco Ruiz Massieu (sobre todo del primero). En su origen y en su fin se encuentra la violencia, muestra de la lucha abierta entre los grupos políticos.

Después de 65 años de vida, el sistema, con sus instituciones y sus prácticas, con sus aciertos y sus errores, con sus excesos y defectos, se ha agotado. Ya no da más de sí.

La constitución

El actual sistema político (o lo que queda) se constituyó en 1929 con la creación, por parte de Plutarco Elías Calles, del Partido Nacional Revolucionario (abuelo del PRI), instituto político que logró aglutinar a los diversos grupos que surgieron de la Revolución Mexicana. Ello permitió el paso de las armas a la política (¿cuántos

asesinatos hubo desde el de Madero hasta el de Obregón?), como medio para que dichos grupos accedieran al poder, sobre todo al poder máximo: la Presidencia de la República.

Del acuerdo entre las fuerzas políticas surgió la familia revolucionaria, que giró alrededor de un jefe máximo: el presidente de la República; disciplinada en función de un objetivo común, más fuerte que las diferencias: mantener el poder, y cohesionada por medio de las negociaciones, siempre intrafamiliares, de posiciones en la geografía política.

Desafortunadamente este sistema nació con tres características que le han sido esenciales, que no ha superado, y que en muy buena medida explican su agotamiento: presidencialismo, monopartidismo y corporativismo.

Presidencialismo: no las armas, no las leyes, sino el presidente de la República, su voluntad de por medio, como árbitro supremo, como última instancia de poder, presidente ejecutivo, legislativo y judicial.

Monopartidismo: un partido único, usufructuando, no pocas veces de manera ilegítima, el poder máximo, el de la Presidencia de la República.

Corporativismo: la manipulación, desde arriba, de la sociedad y de sus grupos más representativos, en función del objetivo común de la familia revolucionaria; es decir, mantener el poder.

Presidencialismo, monopartidismo y corporativismo, trilogía esencial del sistema político mexicano. El resultado final ha sido, producto del presidencialismo, el desquiciamiento en el ejercicio del poder, al haberse concentrado éste, en su totalidad, en la cabeza del Poder Ejecutivo. Efecto del monopartidismo ha sido un desequilibrio político generalizado, al no haber existido, durante tantas décadas, la alternancia de distintas posturas políticas en el poder. Consecuencia del corporativismo; es decir, de la ausencia del libre, y por lo tanto eficaz, asociacionismo, lo ha sido una sociedad sin capacidad de organización independiente, una sociedad no pocas veces castrada.

El resultado del presidencialismo, del monopartidismo y del corporativismo fue un sistema político desquiciado, desequilibrado y castrado. Hoy ese sistema político se ha agotado.

La consolidación

EL tema de la consolidación del sistema tiene que ver con la cuestión de la legitimidad de los gobiernos del PRI.

¿Qué legitima, en las repúblicas democráticas a los gobiernos? En primer lugar, producto del carácter democrático del sistema político, el sufragio efectivo. En segundo, efecto de su esencia republicana, una acción gubernamental respetuosa del Estado de derecho, comenzando por las leyes justas. Sin lo primero no hay democracia; sin lo segundo no hay república.

La pregunta es, si a lo largo de su historia, han sido el sufragio efectivo y el respeto al Estado de derecho en las acciones de gobierno, las fuentes de legitimidad de los gobiernos del PRI. Evidentemente que, por lo menos, ello no ha sido la regla. De haberlo sido, el sistema político mexicano no podría haber sido lo que fue: presidencialista, monopartidista y corporativista. La esencia misma de este sistema ha sido antidemocrática y antirrepublicana. Si la respuesta a la pregunta es negativa, entonces inmediatamente surge otra: ¿cuáles han sido las fuentes de legitimidad de los gobiernos del PRI?

Estas fuentes han sido, en lo fundamental, tres. 1) El paso de las armas a la política; 2) El proyecto social de la Revolución Mexicana; 3) Los buenos resultados económicos. La pregunta que llegados a este punto no podemos dejar de hacernos es si tales fuentes de legitimidad siguen siendo válidas. La respuesta es negativa, y lo es por tres razones.

1) Hoy el ciclo se ha cerrado y hemos vuelto a pasar de la política a las armas como medio de acceso al poder, y al poder máximo. Dígalo si no el asesinato de Colosio; asesinato que es (porque lo sigue siendo) uno de los eventos políticos más importantes desde el de Obregón; 2) El proyecto social de la Revolución Mexicana, que heredaron en exclusiva los gobiernos del PRI ha fracasado. Más de 40 millones de mexicanos (casi 50, según algunas estimaciones) viviendo en la pobreza lo muestran sin lugar a dudas. Además hay que agregar que los gobiernos del PRI olvidaron, y de hecho negaron, el otro proyecto de la Revolución Mexicana, el que le dio origen; me refiero al sufragio efectivo. Esta negación,

que dio como resultado al asegurar el monopartidismo un sistema político desequilibrado, acabó restándole legitimidad a los gobiernos priístas; 3) Hace un cuarto de siglo que la economía mexicana se encuentra en crisis. Desde 1971 el crecimiento del PIB ha sido menor que el mínimo necesario y la inflación ha sido mayor que la máxima recomendable. Desde 1971 hasta 1995 la tasa promedio de crecimiento anual del PIB fue del 3.6%; debería de haber sido del 6%. Para los mismos años la inflación promedio anual fue del 38.9%; debería de haber sido no mayor al 3%. Hace veinticinco años que la economía mexicana está en crisis, con todo lo que ello implica en materia de empleos insuficientes, de pérdida en el poder adquisitivo de los salarios, de cancelación de oportunidades, de reducción en los niveles de bienestar.

¿Qué tenemos? Que una tras otra, desde hace más de dos décadas, las fuentes de legitimidad de los gobiernos del PRI se han agotado, y con ello el sistema político. El que los gobiernos priístas ya no puedan recurrir a ellas, y el que el electorado y los contribuyentes (es decir, quienes eligen a los gobernantes y quienes les pagan su sueldo), ya no las aceptan como tales, es muestra del agotamiento del sistema.

El agotamiento

Pero la muestra más clara de este agotamiento lo es el paso de la política a las armas, paso que muestra (al margen de muchas otras pruebas) que los medios utilizados por los priístas a lo largo de 65 años para superar las diferencias entre ellos ya no funcionan como tales. El paso de la política a las armas es un hecho innegable, y resulta imposible no relacionarlo con el agotamiento del sistema político. Es, de hecho, el que mejor lo muestra. Y lo que nos muestra es la ruptura al interior de la familia revolucionaria, que evidentemente ya no es tal. Esta ruptura es más grave que los

desprendimientos que de ella se han dado. El desprendimiento (como lo fue el de Cárdenas y Muñoz Ledo) permite el arreglo entre los que se quedan. La ruptura interna es un cáncer que, desde adentro, acaba con todo, imposibilitando el acuerdo intrafamiliar. Simple y sencillamente ya no hay familia. Habrá que ver si queda algo de su carácter revolucionario. Todo indica que la familia se ha dividido en dos bandos irreconciliable: el de los que quieren una reforma política que transforme sustancialmente el sistema político y lo convierta en una república democrática, y el de los que quieren que el mismo siga siendo, sustancialmente, lo que ha sido hasta ahora; esto es, presidencialista, monopartidista y corporativista. Ya no se discuten solamente los cambios *en* el sistema. Hoy hay priístas que lo que proponen es un cambio *de* sistema. Si el agotamiento del sistema político es real (¿habrá quién lo niegue?) la postura correcta es la segunda. Y esta es la postura del actual gobierno, en concreto la de Ernesto Zedillo. Hay que decirlo: si Zedillo logra sacar adelante la reforma política que prometió en su campaña electoral, y cuyos lineamientos generales se recogieron en el Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000, lo que se conseguirá será la transformación sustancial del sistema político mexicano.

Desafortunadamente poco es lo que se ha avanzado en relación a ello, en lo que ha transcurrido del actual gobierno. Poco, muy poco, en función de lo que se tiene que avanzar.

Dado el agotamiento del sistema político, ya no es posible intentar cambios en el mismo. El único camino correcto es el que lleva al cambio de sistema. Hoy solamente los reaccionarios, hoy más que nunca *emisarios del pasado*, se oponen a ello. Ellos, como el sistema político, y con él, se han agotado.

El qué y el cómo

El *qué* ha quedado claro: sustituir el agotado sistema presidencialista, monopartidista y corporativo por uno verdaderamente republicano y democrático. Ello no puede hacerse sin la transformación sustancial del sistema político. Ya no es posible intentar más cambios *en* él, la única salida es el cambio *de* sistema. De acuerdo en ello no podemos dejar de plantear la cuestión del *cómo*.

A la república democrática hay que llegar de manera republicana y democrática. Los medios tienen que ser proporcionales a los fines. Sobre todo en las transiciones políticas. Y si el fin es la república democrática, el medio tiene que ser republicano y democrático. La pregunta es si seremos capaces de transitar, de tal manera, desde el presidencialismo, el monopartidismo y el corporativismo, hacia instituciones y prácticas republicanas y democráticas. Una respuesta *a priori* resulta imposible. Pero nuestra historia nos enseña que los cambios sustanciales en la vida política del país se han hecho, siempre, de manera violenta; es decir, antirrepublicana y antidemocrática. Allí están la Independencia, la Reforma y la Revolución, movimientos que intentaron un cambio sustancial en las instituciones y en las prácticas políticas, cambio que se logró, pero no siempre en el sentido originalmente planteado. Muestra de esto último lo es la Revolución.

¿Qué se buscó con la Revolución y en qué acabó? Un sistema político republicano y democrático. Acabó en uno presidencialista, monopartidista y corporativista, antítesis de aquél. Y puede ser que se haya acabado en ello por haber degenerado, después del intento democrático por parte de Madero, en un movimiento armado. Difícilmente las armas conducen a la república democrática. En México no lo han hecho.

La pregunta persiste: ¿lograremos transitar, de manera republicana y democrática, hacia la república democrática? Lo único que puedo decir es lo ya dicho: una respuesta *a priori* es imposible.

Conclusión

El ciclo de este sistema se ha cerrado. En 1929, año de su constitución, se logró el paso de las armas a la política como medio de acceso al poder, y como principal fuente de legitimidad para los gobiernos del PRI. En 1994 se pasa de la política a las armas, paso que muestra el agotamiento del sistema político y la desaparición de la *paz priísta* como fuente de legitimidad de los gobiernos tricolores.

El viejo y hoy agotado sistema fue (poco a poco deja de serlo) presidencialista, monopartidista y corporativista. Hoy todavía no es ni republicano, ni democrático. Ya no es lo que era, y todavía no es lo que debe ser. ¿Qué tenemos? Transición, cuyo desenlace no conocemos, por más que lo queramos republicano y democrático. Y quererlo así es quererlo en el *qué* y también en el *cómo*.

Licenciado en Filosofía y Economía por la Universidad Panamericana, y la UAM, respectivamente. Tiene estudios de doctorado en filosofía, Universidad de Navarra, España. Profesor en la Escuela de Economía y en la Facultad de Filosofía de la UP, y en la

maestría de Administración del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, campus Estado de México.

Ventas netas de mercancías al mayoreo y menudeo

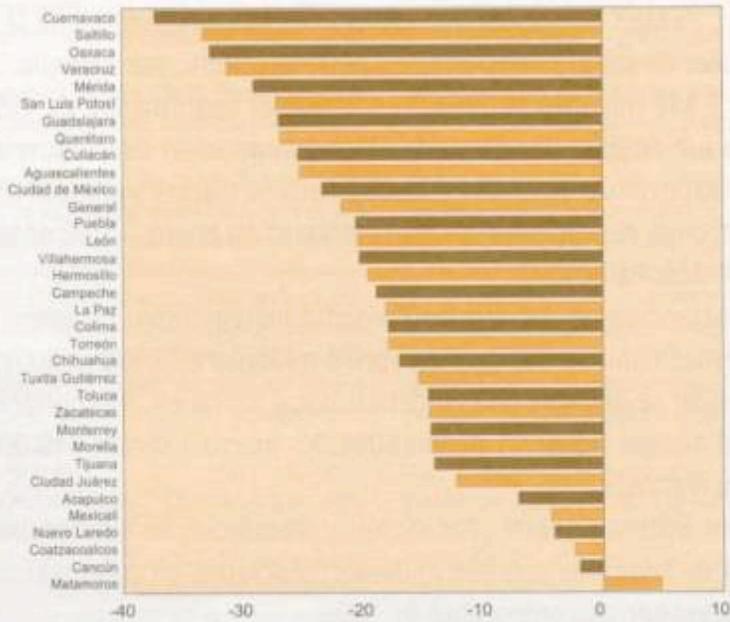
INDICADORES

Economía nacional

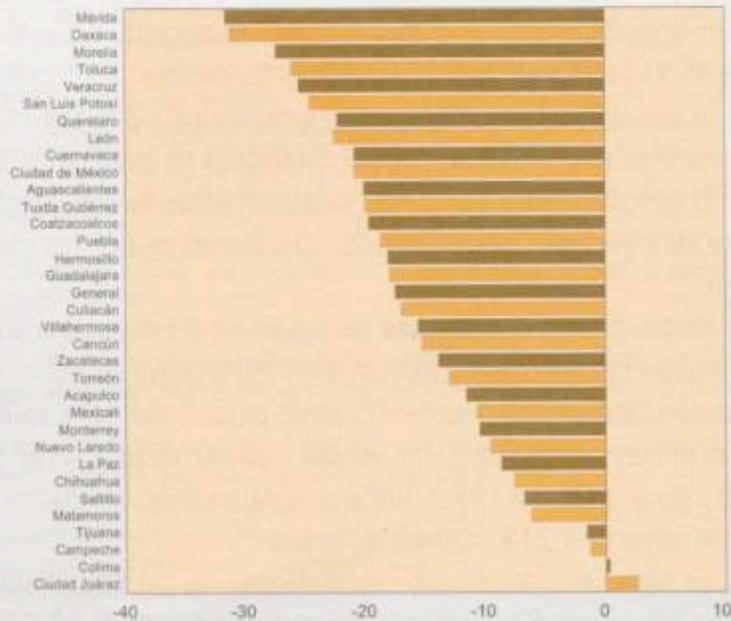
Ventas netas de mercancías al mayoreo y menudeo

VARIACIÓN PORCENTUAL ANUAL (MARZO, 1996)

MAYOREO



MENUDEO



Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Indicadores del Comercio al Mayoreo y Menudeo.